

# *mamita*

N.º 2

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

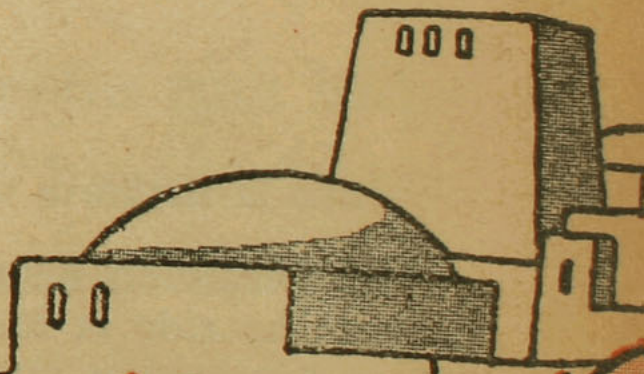


El  
Niño Jesús  
y las  
Pajaritas  
de Barro



Cts.

EN CHILE POR  
VERSU





*mamita*

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D SANTIAGO

AÑO I. Núm. 2. Santiago de Chile, 26 de Junio de 1931

PRECIO: 20 Ctvs. Ejemplar.

Subscripción Anual \$ 9.—

## ¿DE QUIENES SON LOS 500 PESOS?

El viernes 5 del presente mes, en presencia de numerosos niños se efectuó el anunciado sorteo para dar nombre a esta revista que ya se ha captado todas las simpatías.

*mamita*

M. R.

obtuvo la mayoría de votos, con un total de 3733.

La Dirección ha aceptado con agrado la elección, ya que siempre ha sido la MAMITA quién ha contado los más interesantes y preciosos cuentos.

### P R E M I O S

- 1.o, \$ 300: Juanito Villar Calvo, Chacabuco 467, Santiago
- 2.o, \$ 50: Berta Gallo Gallo. Casilla 47, Vallenar.
- 3.o, \$ 50: Ernestina Salazar Olate. San Luis 1366, Casa 17, Santiago.
- 4.o, \$ 50: Patricio Bravo. Simpson 49, Ciudad.
- 5.o Carmela Herrera Gómez. Casilla 59, Río Negro.

Los premios se pagan en esta Empresa, los días hábiles, de 9 a 11 horas, o previo envío de recibo a MAMITA. Casilla 84-D, Santiago.





# El Niño Jesús y las Pajaritas de Barro



**C**UANDO Jesús tenía cinco años, hallábase una vez sentado en el umbral del taller de su padre, ocupado en hacer figuritas con un trozo de blanda greda que le había regalado el alfarero de enfrente.

Estaba Jesús más satisfecho que nunca, pues todos los niños del barrio le habían contado que el alfarero era un hombre brusco que no se dejaba conquistar ni con miradas suplicantes ni con melosas zalamerías, motivo por el cual no había osado manifestarle un solo ruego.

Pero, ved, ¡apenas si sabía él mismo cómo había sucedido aquello!



El caso es que hallándose a la puerta de su casa, mirando con ojos anhelantes cómo trabajaba sus moldes, el vecino salió de su taller y le regaló tanta arcilla, que bastaba para hacer con ella un gran cántaro de esos que se emplean para acarrear el agua.

Junto a la escalera de la casa próxima estaba sentado su vecino Judas, un muchacho feo y pelirrojo, con la cara cubierta de manchas blanquecinas y los vestidos llenos de desgarrones que se había hecho en sus continuas peleas con los chicos de la calle. Por el momento, estaba tranquilo; no importunaba a nadie ni reñía con ningún vecino. Jesús le ofreció un trozo de arcilla.

A él no se la habría dado el alfarero, pues Judas ni siquiera se atrevía a pasar, frente a su puerta. Lo habría echado a



Qddacot





palos, porque varias veces había encontrado a Judas tirando piedras a su quebradiza mercancía.

Las figurillas que iban modelando las colocaban ambos niños en torno suyo. Presentaban el mismo aspecto que todas las figurillas de barro de todos los tiempos. En lugar de pies tenían una gran bola, en la espalda unas alas que apenas se veían y una cola insignificante.

Pero de todos modos, se advertía una diferencia en el trabajo de los dos compañeros.

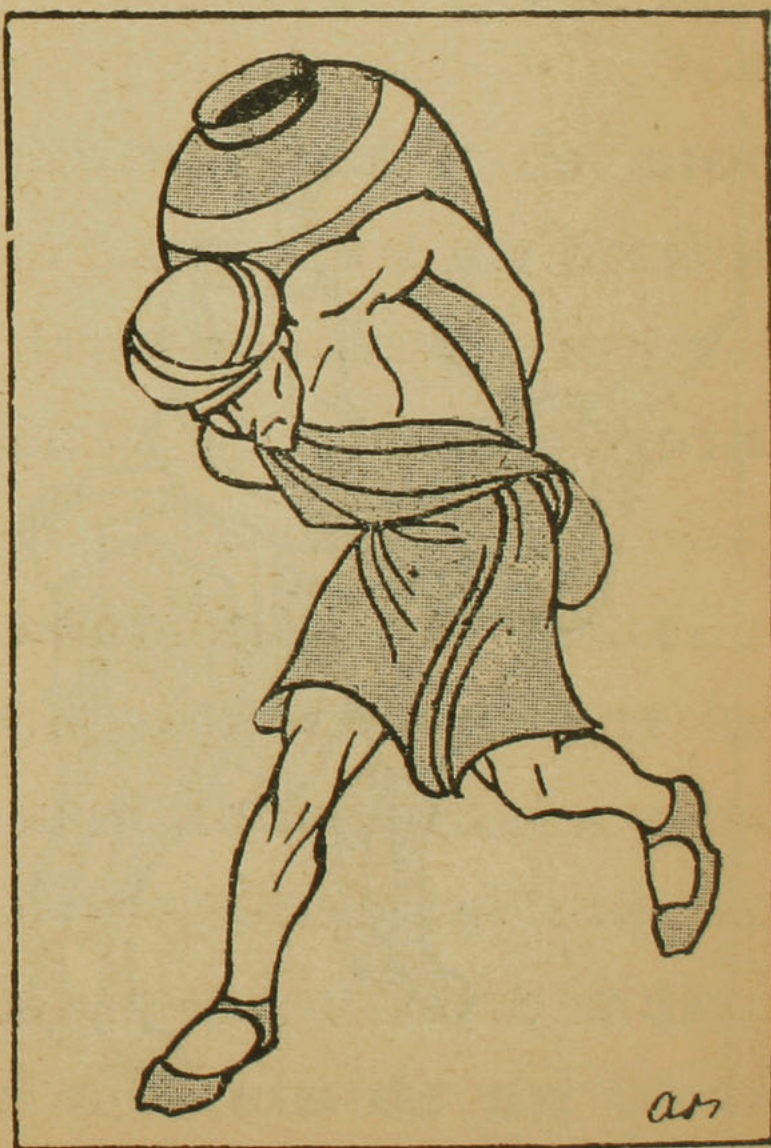
Las que modelaba Judas eran tan desequilibradas que no lograban mantenerse en pie y por más esfuerzos que hacía con sus dedos, no lograba darles una forma bella y presentable. A veces miraba a hurtadillas hacia Jesús para ver cómo hacía sus pajaritas, tan lisas como



las hojas de los árboles. A medida que terminaba sus pajarillos, Jesús iba alegrándose más y más. Cada uno le parecía más bonito que el otro, y los contemplaba lleno de orgullo y amor. Serían sus compañeros de juego, sus pequeños hermanitos, dormirían en su propia cuna al arrullo del cariño de su madre.

\*  
\* \*

Un corpulento aguador pasó por delante, inclinado bajo el peso de su cántaro y tras él siguió un vende-





dor de legumbres, balanceándose sobre el lomo de su asno, entre dos grandes cestas de mimbre, vacías ya. El aguador puso su mano sobre la cabeza de dorados rizoños de Jesús y le preguntó por sus pájaros. Jesús le repuso que tenían nombre, que podían cantar, que todos habían venido



volando hacia él desde lejanos países y le contaban infinidad de cosas de las que sólo ellos y él sabían algo. Y Jesús hablaba de tal manera que el aguador y el verdulero olvidaron su trabajo durante un largo



rato para escucharle. Cuando iban a marcharse, Jesús les señaló a Judas:

—¡Mirad qué pájaros más bonitos hace mi compañero!

Entonces el verdulero detuvo bondadosamente su asno, y preguntó a Judas si sus pájaros tenían nombre y podían cantar.

Judas, de mal humor como de costumbre, calló obstinadamente y no levantó la mirada de su trabajo, de modo que el verdulero le aplastó, disgustado, uno de los pájaros y siguió su camino.

Y así pasó la tarde. El sol se hallaba en su ocaso y su brillo penetraba por la baja puerta de la ciudad, adornada por un águila romana, que se levantaba al final de la calleja. Este resplandor que llegaba con el crepúsculo, era de un tono rosa vivo, y como si estuviera mezclado



con sangre, bañaba en su color todo lo que se ponía en su camino. Lo mismo iluminaba los platos y cántaros del alfarero que la tabla que chirriaba bajo los dientes de la sierra de José, o el blanco velo que cubría el rostro de María.

Pero donde más bellamente fulguraba el sol era en los pequeños charcos que se habían formado entre el desigual empedrado de la calle. Y de repente, metió Jesús su manita en el charco que tenía más próximo. Se le había ocurrido pintar sus pajarillos con el fulgurante resplandor solar que había revestido de tan bellos matices el agua, los muros de las casas y todo cuanto alcanzaban sus rayos.

Y el brillo del sol tuvo un gran placer en dejarse extraer, como pintura de un cubo, y cuando Jesús cubrió con ella sus pajaritas de barro, quedaron envuel-



Adrian





tas de pies a cabeza por un brillo diamantino.

Judas, que de vez en cuando lanzaba una mirada a Jesús, para ver si éste hacía más bellos pájaros y en mayor cantidad que él mismo, lanzó un grito de admiración al ver que Jesús revestía sus pajarillos del brillo solar que tomaba de los charcos de la calleja. Y también Judas sumergió su mano en el agua fulgurante, intentando extraer igualmente el brillo del sol.

Pero el dorado resplandor no se dejó coger por él. Se le escapaba entre los dedos y por más que movía sus manos para cazarlo no le era posible retener ni una pizca de resplandor para sus pobres pajarillos.

—¡Espera, Judas!—exclamó Jesús—. Yo voy a pintártelos.



—No — respondió Judas—, no quiero que los toques; están bien así.

Levantóse, frunció las cejas y se mordió los labios. Entonces fué colocando su ancho pie sobre las figuras y las pisoteó una tras otra, convirtiéndolas en un informe montón de barro.

Cuando hubo destruído así toda su obra, se acercó a Jesús, que acariciaba a los suyos, resplandecientes como joyas.

Judas los contempló silencioso durante un rato, después alzó un pie y





aplastó uno. Cuando Judas retiró el pie y vió el menudo pajarillo transformado en un bulto sin forma y sin color, sintió tal alivio que empezó a reír y levantó el pie para aplastar otro.

—¡Judas! — exclamó Jesús—¿qué estás haciendo? ¿No sabes que están vivos y pueden cantar?

Pero Judas se rió y aplastó otro pajarillo.

Jesús buscó auxilio en torno suyo. Judas era más corpulento y fuerte; Jesús no tenía fuerzas para retenerle. Miró hacia su madre, pero ésta se hallaba bastante alejada y antes de que hubiera tenido tiempo de llegar, Judas habría conseguido aplastar todas sus avecillas.

Los ojos de Jesús se llenaron de lágrimas. Ya había destruído Judas cuatro y no le quedaban más que tres.

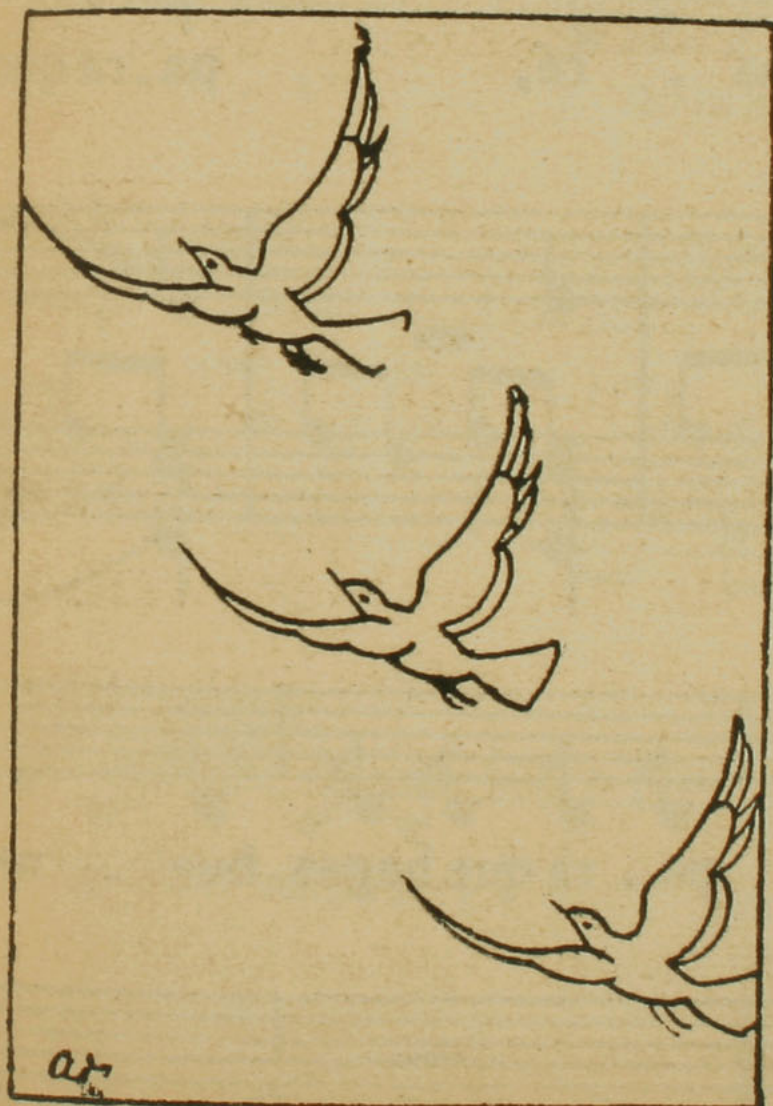


Y le apenó que siguieran allí tan tranquilas y se dejaran aplastar sin huir del peligro.

Jesús palmoteó con sus manitas para despertarlas y les gritó:

—¡Volad, volad!

Entonces los tres pajarillos empezaron a agitar sus alitas y, temerosos, volaron hacia el alero del tejado.



Cuando Judas vió que los pajarillos agitaron las alas y volaron al conjuro de Jesús, se puso a llorar amargamente.

(Continúa en la página 18).



CUASI ALLEGRETTO

# Mi Manecita

Narcisa Freixas

Canto

Ma-ni-ci-ta ro-sa di-ta muy ex-per-ta

Piano

yo te ha-ré, pa-ra que ha-gas ue-na le-tra y no man-ches el pa-

-pel, pa-ra que ha-gas bue-na -tra y no man-ches el pa-pel



Se mesó los cabellos como había visto hacer a las personas mayores dominadas por la desesperación, y se echó a los pies de Jesús.

Y Judas permaneció ante Jesús, revolcándose en el polvo como un perro, besándole las manos e implorándole que levantara el pie y le aplastara como él había hecho con sus pajaritas de barro, pues Judas sentía por Jesús una rara mezcla de admiración, de amor y de odio al mismo tiempo.

María, que había observado el juego de los niños, levantó a Judas del suelo y le acarició.

—¡Pobre niño!—le dijo—. Tú no sabes que has intentado hacer algo que no puede realizar ninguna criatura humana. Que no se te vuelva a ocurrir hacer lo mismo, si no quieres ser el más desgraciado



de los hombres. ¡Sólo el Hijo de Dios puede pintar con brillo de sol y vivificar el barro con el soplo de la vida!

SELMA LAGERLOFF.

## Poesía de MI MANECITA

Manecita rosadita,  
muy experta yo te haré,  
para que hagas buena letra  
y no manches el papel.

Cariñosa quiero verte  
como el beso del amor,  
sin torcerte, sin envidia,  
comedida en la ambición.

Siempre dulce y compasiva  
con quien sufra cualquier mal,  
siempre ayuda del caído,  
siempre fuerte en el amar.

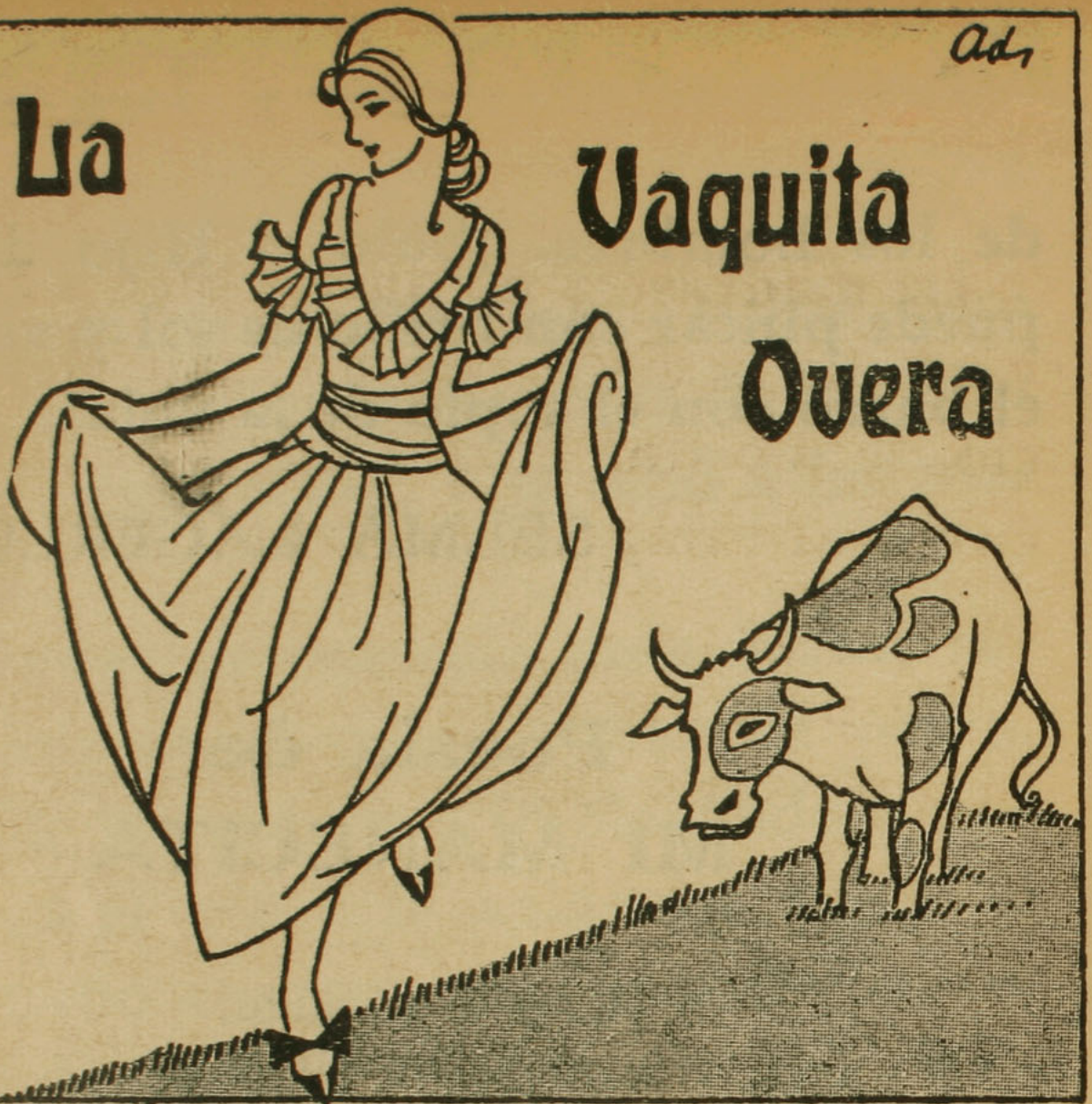
F. SITJA Y PINEDA



La

Vaquita

Overa



**E**STE era un rey y una reina que tenían una hija llamada Beatriz. Cuando la reina murió, el rey al poco tiempo tomó por esposa a una mujer conocida con el nombre de Nicolasa. De este segundo matrimonio tuvo tres hijas; la mayor tenía un solo ojo; la segunda, dos, y la tercera tenía tres ojos.



La madrastra no quería bien a Beatriz, y un día la vistió con un traje viejo y sucio, le dió una corteza de pan duro y la envió al campo a apacentar una vaquita overa.

La princesa condujo a la vaquita a un prado verde donde las hierbas estaban muy altas y ella buscó la sombra de un maitén para ir a comer su cáscara de pan. Iba a hacerlo, cuando oyó a una tenquita que le decía:

—Beatriz, Beatriz, hazte chiquitita y anda a ahuyentarle un zancudo que se le ha entrado a la vaca en la oreja izquierda.

Sin saber de qué manera, Beatriz se encontró en la oreja de la vaquita, y en busca del zancudo entró por la oreja izquierda, y cuando salió por la derecha estaba Beatriz comida, lavada y engalanada como una princesa que era.



Así, linda que daba gusto mirarla, pasó todo el día en el campo, cuidando la vaquilla. En la tarde, se quitó el vestido de gala, vistió su traje andrajoso, volvió a palacio y guardó el pedazo de pan duro en el cajón de la mesa.

—¿Qué es lo que habrá comido?—pensó la madrastra.

Al día siguiente, Nicolasa le dió la misma corteza de pan duro y la envió a apacentar la vaquilla; pero hizo que la acompañara su hija mayor, la que tenía un solo ojo, a la que antes de marcharse le dijo:

—Observa, hija mía, qué es lo que bebe y come Beatriz, la cual vuelve saciada sin haber probado el pan que le doy.

Cuando llegaron las dos niñas a la pradera, Beatriz dijo a su hermana:

—Vamos, hermanita, a la sombra de



ese maitén; siéntate a mi lado, apoya tu cabeza en mis rodillas, porque te voy a peinar.

Así lo hicieron y cuando apoyó la cabeza en las rodillas, peinándola, dijo:

—No mires, hermanita; cierra tu ojito; duerme, hermanita querida, duerme.





Cuando la hermana se durmió, Beatriz se levantó, se acercó a la vaquilla ove-ra; entró por la oreja izquierda y salió por la derecha comida, bebida y bien vestida, y todo el día, engalanada como una princesa, cuidó de la vaquilla.

Cuando empezó a obscurecer, Beatriz se cambió de traje y despertó a su hermana diciéndole:

—Levántate, hermanita, levántate, es ya hora de volver a casa.

«¡Qué lástima!—pensó la muchacha—. He dormido todo el día, no he visto lo que ha comido y bebido Beatriz y ahora cuando mi madre me pregunte, no sabré qué decir».

Apenas llegaron a palacio, Nicolasa preguntó a su hija:

—¿Qué es lo que ha comido y bebido Beatriz?



—¡Yo no he visto nada!—respondió la hija.

La madre la riñó, y a la mañana siguiente envió a su segunda hija, la que tenía dos ojos:

—Ve, hija mía, y mira bien qué es lo que come y bebe Beatriz.

Cuando llegaron al campo, ésta dijo a su hermana:

—Vamos a descansar a la sombra de aquel maitén y si quieres, te sientas a mi lado, apoyas tu cabeza en mis rodillas y yo te hago las trenzas.

Cuando apoyó la cabeza, Beatriz dijo:

—Cierra, hermanita, un ojo; cierra el otro también. Duerme, hermana, duerme.

La hermana cerró los ojos y durmió hasta la noche y, por consiguiente, no pudo ver nada.



El tercer día, Nicolasa envió a su tercera hija, la que tenía tres ojos, diciéndole:

—Observa bien qué es lo que come y bebe la princesa Beatriz y cuéntamelo todo.

Llegaron las dos al prado a apacentar la vaquilla overa y Beatriz dijo a su hermana:

—Vamos a descansar a la sombra del maitén y, si quieres, te sientas a mi lado y apoyas tu cabeza en mis rodillas.

Cuando tomó esa postura, Beatriz pronunció las mismas palabras de siempre:

—Cierra, hermanita, un ojo; cierra el otro también. Duerme, hermana querida, duerme.

Pero olvidó por completo el tercer ojo; así que dos ojos dormían y el terce-



ro observaba todo lo que la princesa Beatriz hacía. Esta se arrimó a la vaquilla, entró por la oreja izquierda y salió por la derecha comida, bebida y muy bien trajeada.

Apenas se escondió el sol, Beatriz se cambió de traje y despertó a la hermana.

Llegaron a casa y Beatriz escondió su corteza de pan seco en el cajón de la mesa.

—¿Qué es lo que ha comido?—le preguntó Nicolasa a la de los tres ojos.

Esta le refirió a su madre cuanto había visto; entonces, llamó la vieja al cocinero mayor del palacio y le dió orden de matar inmediatamente la vaquilla ove-ra. El cocinero obedeció.

Cuando lo supo, la princesa Beatriz fué a la cocina y le suplicó:



—Abuelito, dame, por lo menos, un cachito de la vaquilla overa.

El viejo se lo dió; ella lo plantó en la tierra y al poco tiempo creció un arbolito con unos frutos muy dulces, en los que se posaban muchos pájaros que cantaban canciones preciosas.

Un príncipe, llamado Fernando, oyendo hablar de las virtudes y de la belleza de Beatriz, se presentó un día a la madrastra, y poniendo un gran plato sobre la mesa, le dijo:

—La joven que me traiga este plato lleno de las más sabrosas frutas, se casará conmigo.

La madrastra envió a su hija mayor a coger inmediatamente la fruta del árbol que había plantado Beatriz; pero los pájaros no la dejaron acercarse y por poco le quitan el único ojo que tenía. Envió a



las otras dos hijas; pero fué inútil; los pájaros las picoteaban tan fuerte que no pudieron coger un solo fruto.

Finalmente, fué la princesa Beatriz y apenas se acercó con el plato al árbol y empezó a coger frutos, los pájaros se pusieron a ayudarla, y mientras ella cogía uno, los pajaritos le tiraban al plato dos o tres.

En un momento, estuvo el plato lleno. Beatriz puso entonces el plato en la mesa e hizo una reverencia al príncipe.

Prepararon la boda, se casaron, tuvieron grandes fiestas y vivieron muchos años muy felices y contentos.

**EN EL PROXIMO NUMERO no deje usted de leer**

## **“EL SOLDADILLO”**

**(Cuento Popular Chileno)**

**y de ver el resultado del Concurso de Dibujos del 1.er número de «MAMITA»**



# OFERTA ESPECIAL!!!!

Sólo hasta el 31 de JULIO. A fin de favorecer a aquéllos que llamaremos nuestros subscriptores fundadores, hemos reducido casi a la mitad el precio de la subscripción anual, — equivalente a 52 ejemplares.

SUBSCRIBASE HOY MISMO — Anual:

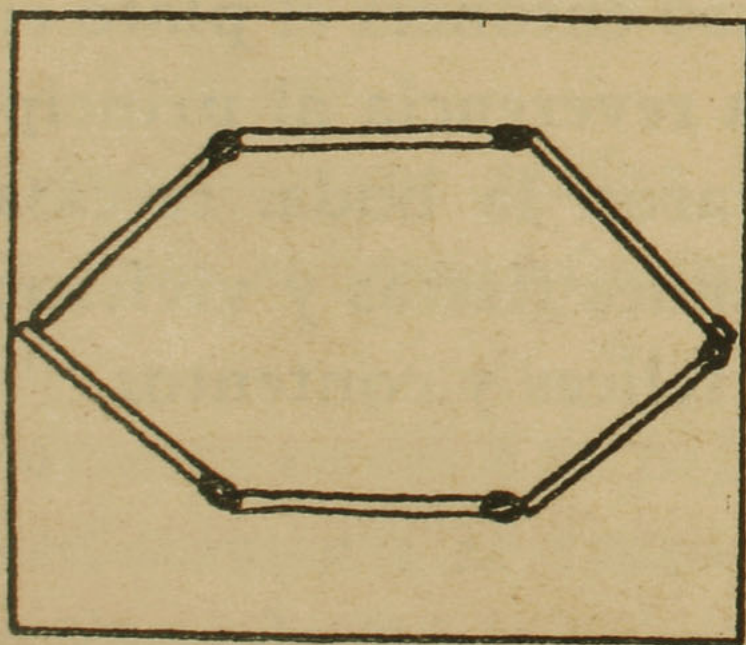
|| \$ 6.-

Envíe esa cantidad en giro, letra, cheque postal o en estampillas de correo a: Casilla 84-D.—Santiago.

## PROBLEMAS

Ejercite usted su paciencia y su ingenio. En todos los números de nuestra revista ofreceremos interesantes problemas para los niños.

### N.º 1.—LOS FOSFOROS



Se tiene seis fósforos colocados en la forma que indica el dibujo. Sin variar la posición de ninguno y sólo agregando tres más, forme usted tres rombos.

La solución la daremos en el próximo número.



# CONCURSO DE DIBUJOS

Gánese una Colección de

*mamita*

M. R.

## LA REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

Regalamos una suscripción de un trimestre al chico que ilumine este dibujo con más hermosos colores.

---

Envíe su dibujo iluminado a  
**CONCURSO DE DIBUJOS DE LA REVISTA DE CUENTOS  
INFANTILES**

Casilla 84-D. — Bellavista 069. — Santiago.

Córtese por las líneas de puntos.

---

Nombre del dibujante .....

Dirección .....







**ALIMENTO MEYER  
ES EL MEJOR**

M. R. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fosfatos, azúcar, etc.